LA REDUCCIÓN, TIEMPO DE GRACIA PARA VIVIR DE LA FE

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

CCV

,

Mendilibar

Ardanza

Isabel Mª

Hna. Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

*Mª Isabel Ardanza Mendilibar es teologa y formadora en las Carmelitas de la Caridad de Vedruna.*

*Original en español*

## La reducción, una experiencia existencial

esde la época del Concilio hasta hoy, se han producido grandes cambios en el panorama sociológico de la vida religiosa (VR), sobre todo en los países del occidente europeo y de Norteamérica. Es fácil

D

constatar que la mayoría de nuestras Congregaciones están viviendo una fuerte experiencia de reducción, tanto a niveles personales como institucionales.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

Muchos experimentamos la reducción por nuestra edad y el correspondiente ciclo vital. Pero esta experiencia se agudiza institucionalmente con la falta de nuevas vocaciones, la disminución del número, la dificultad de responder a los retos de la misión propios del carisma, el avance de la edad media y lo que ello conlleva: enfermedad, reducción de fuerzas, desajuste entre las responsabilidades asumidas y la fuerza para llevarlas a cabo, dificultad de destinos y de encontrar relevos para las tareas de gobierno, excesiva acumulación de trabajo en algunas personas que termina cuestionando el sentido mismo del trabajo y dificultando la vivencia de otras dimensiones esenciales de la VR como la oración personal y la vida comunitaria.

Vemos pues, que la reducción no es sólo sociológica sino una experiencia existencial asociada, con frecuencia, al miedo, al sufrimiento, a la desesperanza… que anticipa la sensación de muerte y hace tambalear la confianza en la vida e incluso la fe en Dios.

## Distintas miradas a la realidad

#### Ante esta realidad, algunos se esfuerzan por asumirla, porque “es lo que

16 toca”, aunque les duela, pero no es extraño que provoque también desorientación

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

y reacciones de negación y de huida, o que se desarrollen actitudes voluntaristas y prometeicas con las que intentamos controlar la situación.

Para muchos, aunque no se confiese claramente, lo que estamos viviendo es una desgracia. Se echa en falta un pasado no demasiado lejano en que todo era diferente y aparecía una VR floreciente, con una respuesta vigorosa en los distintos campos de misión y un alto reconocimiento eclesial y social.

Este sentimiento primario es comprensible, porque instintivamente el ser humano tiende a situar a Dios junto a las experiencias de plenitud, armonía, abundancia, fuerza y vida, mientras que se inclina a certificar su ausencia en las situaciones de reducción y sufrimiento1. Sin embargo, la antropología bíblica y la espiritualidad cristiana subrayan la importancia de las experiencias del sufrimiento en la maduración de la fe2. Desde esta perspectiva, es posible leer la circunstancia actual como un *kairós*, un tiempo privilegiado para percibir la acción creadora y salvadora de Dios en la historia y para vivir más radicalmente el seguimiento de Jesús. Pero esto no significa que resulte fácil y su fruto espiritual sea evidente. Se trata, más bien, de una experiencia creyente que sólo se comprende más tarde, desde una mirada retrospectiva que percibe que lo que nos tocó vivir fue un gran regalo.

A través de esta pequeña reflexión quisiera contribuir a una vivencia teologal de nuestro momento. Quisiera ayudar a un cambio de mirada y de posicionamiento que nos permita vivir nuestra realidad como una experiencia de gracia.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

## Algunas claves que nos ayudan a vivir en fe nuestro momento

La reducción es una realidad que se impone, pero es posible vivirla de distintas maneras: con una sensación de fracaso, decepción y desesperanza que paraliza; desde la ingenuidad y el voluntarismo, que lleva a seguir proyectando como si nada pasara; o desde la inhibición que conduce al “sálvese quien pueda”… Pero también cabe acogerla como un *lugar teológico* donde nos espera el Señor para llamarnos y confiarnos la misión, con una novedad que nunca hubiéramos sospechado.

Pero esta última vivencia es un don del Espíritu que sólo podemos pedir y disponernos para poder acogerlo. Voy a señalar dos claves que considero pueden ayudarnos hoy en esta línea: la relación con el Señor y el sentido teologal de la misión.

### Cultivar la relación personal con el Señor

La experiencia personal de reducción es un gran reto para el proceso espiritual, pero, si lo personal se sitúa en un contexto de reducción institucional,

el reto alcanza niveles insospechados que cuestionan fuertemente el sentido a 17

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

todos los niveles.

El principio básico de toda madurez humana y espiritual es la capacidad de asumir la realidad tal como es, lo cual, con frecuencia, no resulta nada fácil. Ya decía Guardini3 que las realidades que instintivamente percibimos como de crecimiento y fecundidad se pueden vivir con sentido desde sí mismas, pero que la vida en declive no puede ser fundamentada sobre sí, sino que ha de recibir su sentido desde otra realidad fundante. La pregunta que nos planteamos es ¿qué nos puede sostener hoy?, ¿dónde apoyar nuestra confianza?

Desde la experiencia humana sabemos bien que la confianza se basa en la relación interpersonal y en el amor. Sólo confiamos en quien conocemos y sólo nos fiamos de quien sabemos que nos quiere bien.

Esto mismo vale también para la relación con Dios, pero en un sentido absoluto, ya que sólo en Él podemos confiar absolutamente. Esta confianza se basa en el acto de fe: “Creo en tu amor, creo en ti. Y Por eso me fío de ti, más que de mí misma. A ti te entrego mi vida y sigo confiando aunque se haga de noche, porque sé por experiencia de tu fidelidad y amor”.

La vida teologal implica una relación afectiva con el Señor que incluye, por supuesto, la oración personal, pero que no se reduce a ella; consiste en vivir todo con Él a través de la fe, la esperanza y el amor, de modo que sea el Tú personal que ocupa nuestro corazón. Pero esto no se improvisa sino que es necesario cultivarlo explícitamente y cuidarlo a lo largo de la vida.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

Tal como nos muestra el Evangelio en el caso de los discípulos, y particularmente en la experiencia de Pedro o de María Magdalena (*Jn* 20 y 21), cuando llega la contradicción, el sufrimiento y la noche, sólo una relación de amor personal puede sostenernos y hacernos permanecer más allá de lo razonable y de lo que nosotros controlamos, porque como dice Balthasar “sólo el amor es digno de fe”4.

Todo esto es una constante en la espiritualidad cristiana, pero creo que en estos momentos adquiere una relevancia especial. No es posible vivir como una gracia la experiencia de reducción que ordinariamente trae consigo la ancianidad, y que hoy caracteriza el momento vital de la mayoría de los religiosos y religiosas en occidente, si la persona no está fundamentada en una vida teologal. Y, sin esta experiencia personal, tampoco cabe un servicio de gobierno y acompañamiento a los hermanos que cuente con la sabiduría espiritual necesaria para poder discernir los caminos del Señor en la situación que está viviendo actualmente la VR y que, muy previsiblemente, se va a agudizar en los próximos años.

Con frecuencia, al plantearnos los programas de formación, damos por supuesta la fe y nos detenemos en aspectos que consideramos más específicos

18 de la VR. ¿Cómo no presuponerla en quienes han consagrado su vida a Dios?

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

Sin embargo, la fe es la experiencia fundante que sostiene la VR y la fuente permanente de su revitalización, por lo que nunca deberíamos de darla por supuesta. Nuestra vocación más honda y nuestro reto, y el de todos los cristianos, es volvernos permanentemente al Señor Jesús, para ser cada vez más cristianos. Porque, como dice el cuarto evangelio, el pecado radical que está siempre al acecho, antes y ahora, en todas las formas de vida cristiana, incluida la VR, es el de la incredulidad.

La relación con el Señor es la perla preciosa que hoy hemos de cuidar particularmente, ya que nuestro momento y los nubarrones que percibimos en el horizonte sólo pueden ser vividos con sentido, y con sentido de misión, desde la experiencia fundante de una historia personal de relación afectiva con Él.

### 3.2 Ahondar en el sentido teologal de la misión

La misión es un elemento teológico de gran relevancia en toda vida cristiana. Para la VR Apostólica se constituye en el eje central en torno al cual giran el resto de los elementos que componen su vida consagrada: la oración, la vida comunitaria, la organización institucional, la preparación profesional...

La palabra *misión* significa *envío* pero, con frecuencia, acentuamos nuestra respuesta al envío y no tanto el envío mismo. Parece una diferencia sutil, pero puede resultar determinante en el proceso espiritual de maduración teologal de la misión.

Si ponemos el foco en nuestra respuesta a Dios, concretamos la misión en el conjunto de actividades que desarrollamos en favor de los demás siguiendo el “carisma congregacional”, es decir, aquellos “campos de misión” que la Iglesia encomienda a cada Congregación. Y, desde ahí, identificamos la misión con la realización de estas “actividades apostólicas”.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

Ahora bien, por ley de vida, a medida que vamos envejeciendo, va disminuyendo la actividad. Y, desde esta perspectiva de la misión-respuesta, sentimos que la “misión” se va reduciendo en nuestra vida personal. Nos quedan algunas actividades de voluntariado, cada vez más escasas, o la posibilidad de colaborar en la “misión” que van realizando los más jóvenes, a través de pequeñas aportaciones personales que faciliten su labor, y, por último, acompañarles con la oración, de modo que podamos vivir con “sentido de misión” aun cuando personalmente no estemos ya en la “misión”.

Creo que esta comprensión de lo que es y supone la misión se queda muy corta. Es muy difícil que desde ahí se puedan vivenciar como misión las experiencias existenciales de reducción que acompañan las últimas etapas de la vida y, particularmente, la situación actual de nuestras Congregaciones. Es necesario profundizar en su dimensión teologal, a fin de que el sentido de

misión vaya creciendo y totalizando la vida a medida que van pasando los años, 19

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

hasta que llegue el momento del sí definitivo. Y, para ello, necesitamos fijar nuestros ojos en Jesús (cf. Hbr 12,2), ya que Él es el modelo de toda misión consumada.

Los evangelios muestran a Jesús siempre unido a la voluntad del Padre por una identificación de amor con Él. Su obediencia es una respuesta de amor al amor con el que se sabe amado por Él y una expresión suprema de libertad espiritual. El deseo más hondo que brota de su libertad es realizar, en cada momento, lo que su Abbá quiere de Él.

Jesús se entiende a sí mismo como enviado del Padre y vive su vida entera como misión, pendiente de su querer, de modo que este “ser en obediencia” constituye su identidad más profunda: *mi alimento es hacer la voluntad de quien me envió y llevar a cabo su obra* (Jn 4,34).

Jesús nunca traduce la voluntad del Padre en un proyecto propio, sino que vive siempre a la escucha de lo que Él disponga. Por eso, en los primeros años de su vida pública, vivió su misión realizando las obras mesiánicas de curar, enseñar, sanar, acoger, perdonar, dar de comer a los pobres… por toda Galilea, porque la voluntad del Padre era implantar el Reino a través de su persona y su actividad. Pero, como Israel no acogió el Reino tal como Él lo ofrecía, en obediencia al Padre, Jesús tuvo que cargar con el rechazo y padecer la pasión y la muerte. En esta última etapa no hace nada, sólo dejarse conducir *como cordero llevado al matadero* (Is 53,7) y abandonar en las manos de Abbá la realización de su misión mesiánica, con la certeza de que Él es quien lleva adelante el Reino, tanto por la acción de Jesús como por su pasión, que paradójicamente será el culmen de su misión.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

Si Jesús hubiera identificado su misión con un proyecto —implantar el Reino por la realización de las obras mesiánicas—, hubiera acabado en un rotundo fracaso. Pero si su misión consiste en la obediencia al Padre, su pasión y muerte son la expresión culminante de su obediencia filial y, por ello, la realización plena de su misión. Por fin, a través de Jesús, el Padre ha podido llevar adelante su obra de salvación hasta el final y la Resurrección será la revelación del Reino en su plenitud.

Jesús vivió siempre identificado con la voluntad del Padre y en disponibilidad absoluta a Él, pero no sucede así con sus discípulos. En nosotros se ha de dar un largo proceso de maduración y conversión, no exento de conflictos, hasta que la obediencia a Dios pueda ser una respuesta de amor que nace de la libertad.

Ordinariamente, en las primeras etapas de la vida adulta, la “misión” está hecha un poco “a nuestra medida”, con un componente narcisista importante. La experiencia nos dice que, durante muchos años, confundimos la misión con

20 nuestros planes y proyectos, aunque los justifiquemos como voluntad de Dios

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

y pensemos que la cumplimos. En la realización de la misión vamos proyectando las propias expectativas con una gran dosis de “apropiación”. Incluso en los proyectos mejor justificados, hay mucho de deseo de autorrealización y de complacencia propia. Se nota en que vamos “pasando facturas” por nuestra dedicación, aunque de forma muy sutil; nos entregamos “generosamente” pero, cuando la realidad no responde a nuestras expectativas, o los resultados no son los que esperábamos, nos sentimos frustrados y entramos en crisis. Es normal que en las primeras etapas de la vida espiritual la misión como proyecto tenga un gran peso específico, lo malo es cuando queda estancada en esta fase durante toda la vida.

Experimentamos, quizás durante largo tiempo, el conflicto entre nuestros intereses y la voluntad de Dios, ya que su integración supone un largo proceso. Nuestra libertad ha de madurar a través de la relación personal con el Señor y la experiencia de su amor y perdón. Esto hará que la obediencia a Dios sea una “obediencia de amor” que nace desde lo más profundo de nuestro corazón.

Pero la conversión que ello supone pide una transformación personal y ésta se produce, muchas veces, a través de situaciones y experiencias imprevistas que se nos imponen. Así, por ejemplo, la experiencia existencial de reducción nos va dejando sin proyectos pero, afortunadamente, eso nos “obliga” a ahondar existencialmente en el sentido teologal de la misión.

La vida cristiana siempre tiene como horizonte último la obediencia a la voluntad del Padre pero, normalmente, necesitamos discernir lo que Dios quiere, porque no es evidente. Sin embargo, hay momentos en que la realidad se impone y la voluntad de Dios queda patente. Entonces sólo nos corresponde acogerla en fe y consentir a ella. Ya no se trata de hacer, sino de dejar que haga.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

Así vamos aprendiendo que la misión no se mide por lo que hacemos, aunque sea muy “evangélico”, sino por la obediencia de amor al querer del Padre. Por muy buena e importante que sea una tarea, si no es lo que el Señor quiere de mí en este momento no es mi misión. La misión consiste en que Dios pueda hacer lo que Él quiere, en mí y a través de mí, desde un sí libre a su voluntad. Por eso, en su momento culminante queda reducida al acto de fe y al amén a su voluntad, como Jesús en la cruz. De ahí que fe, obediencia y misión formen una unidad indisoluble.

Cuando en la vida de una persona o de una institución cristiana llega la experiencia de reducción, la obediencia a la voluntad de Dios adquiere la forma propia del *consentimiento*: ejercicio supremo de amor y libertad cristiana, que consiste en decir que sí, libremente, a aquello que se nos impone, porque lo recibimos de Aquel que sabemos cómo nos ama y que sólo desea nuestro bien.

Unas palabras de Jesús a Pedro en el evangelio de Juan resultan luminosas

para vivir con sentido de misión nuestro momento: *Cuando eras joven ibas a* 21

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

*donde querías, cuando seas viejo extenderás las manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras* (*Jn* 21,18)*.* Y Jesús añade: *Tú sígueme*. Llama la atención que sea ésta la primera vez en la que aparece en los evangelios está llamada personal al seguimiento y en forma de imperativo: *Tú sígueme*. Y es que, a imagen de Jesús, ésta es la hora de la verdadera misión. Ahora que no puede hacer nada, sino sólo extender los brazos y dejarse llevar, el discípulo culmina su misión. Es la hora de la configuración con Jesús en su Pascua, la de la cristificación.

Sólo Dios conoce lo que realmente necesita hoy nuestro mundo y Él lo lleva a cabo a través de quienes libre y confiadamente viven a la escucha y en obediencia de amor a su voluntad. Además, la conciencia de estar realizando una misión, al acoger y vivir teologalmente este momento, aporta un sentido nuevo que cambia sustancialmente el modo de vivirlo. También ayuda a afrontar las decisiones que vemos necesario adoptar o las que nos impone la realidad, aun cuando todo ello transcurra en la noche de la fe.

1. **La experiencia de reducción, un *lugar teológico* para nuestra VR**

Nuestra situación actual no es una dificultad para que vivamos el seguimiento de Jesús y nuestra misión hoy sino, al contrario, un *lugar teológico* donde el Señor nos aguarda, nos llama y nos envía; no a pesar de la reducción, sino precisamente a través de ella.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

Aún no percibimos del todo la gracia que encierra este tiempo de reducción, pero podemos intuir ya algunos de sus frutos:

#### La fe ha fundamentado la VR en toda su historia, pero es evidente que hoy tenemos que aferrarnos a ella como un clavo ardiendo. La situación que estamos viviendo nos está “obligando” no sólo a “tener fe” sino a “vivir de la fe” y esto es una gracia inmensa.

¡Cuántos textos de la Palabra, que siempre han estado ahí, sentimos que hoy adquieren una luz nueva y se convierten en rocas sobre las que apoyar nuestra existencia con un realismo tremendo!

*No abandones la obra de tus manos.* (Sal 138,8)

*Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí.* (Sal 40,18) *Tú eres mi pastor. Aunque vaya por cañadas oscuras nada temo porque Tú vas conmigo. Tu vara y tu cayado me sosiegan.* (Sal 23,4)

*Yo, el Señor, lo digo y lo hago.* (Ez 37,14)

*¡Te basta mi gracia! La fuerza se realiza en la debilidad.* (2Cor 12,9)

Este tiempo de gracia nos está “obligando” también a radicalizar el

22 sentido de la misión, más allá de nuestras planificaciones y proyectos,

La reducción, tiempo de gracia para vivir de la fe

Mª Isabel Ardanza Mendilibar, CCV

empujándonos a ahondar en su sentido pascual.

¿Qué quiere el Señor hoy de nuestra VR? En principio, no lo sabemos. Pues no se trata de partir de nuestras ideas y deseos y después proyectar eso en la voluntad de Dios. Nuestra misión hoy se define no sólo por la realidad del mundo al que somos enviados, sino también por la nuestra. Y no se dirige sólo a quienes aún pueden seguir trabajando sino a todos y cada uno en su situación concreta. Por eso, hemos de situarnos en la soberanía y novedad del envío del Señor y ponernos a la escucha. Y para eso es preciso abrazar cordialmente nuestra realidad actual como un *lugar teológico* desde el que nos llama y nos envía hoy. Sólo así podremos ser “instrumentos útiles” en sus manos, para que Él pueda hacer lo que desea y lo que sabe necesita nuestro mundo.

Hace algún tiempo imperaba en nuestra sociedad un gran optimismo; todos creían en la posibilidad de un progreso indefinido. Pero hoy nuestro mundo está inmerso en la noche. Es necesario ayudar a superar las situaciones de depresión, que se van generalizando, e infundir una confianza que ayude a encontrar el sentido en la oscuridad. Se necesitan testigos de Dios que tienen experiencia de vivir de fe en medio de la reducción.

Por eso, es posible que Dios, que en el siglo XIX suscitó tantísimas Congregaciones para responder a las necesidades sociales del momento, nos “necesite” hoy a nosotros, mujeres y varones frágiles y ancianos en su mayoría, que desde Él abrazan confiadamente la realidad que les toca vivir, empeñándose en crear lazos de solidaridad y amor fraterno dentro y fuera de sus comunidades.

UISG - Boletín Número 154 - 2014

Quizás nuestro mundo necesite ver esto y es posible que el Señor quiera servirse hoy de nosotros y de nuestra situación. Pero, para ello, es necesario que nuestras instituciones pongan el máximo empeño en cuidar la vida teologal de sus miembros.

1 “Las experiencias del sufrimiento inocente e injusto constituyen un argumento existencialmente mucho más fuerte contra la creencia en Dios que

todos los argumentos basados… en cualquier tipo de razonamiento filosófico”.

W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca, Sígueme, 1985, 188.

2 “El sufrimiento... vendría a constituirse en uno de los lugares teológicos de la verdadera religión por… negar sólo algunas de las falsas imágenes de Dios y ser, en cambio, la roca sobre la que

edificar la imagen del verdadero rostro de Dios…”. J. R. BUSTO SAIZ, *El*

*sufrimiento ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?,* Madrid, UPC, 1998, 47.

3 R. GUARDINI, *La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida.* Madrid, Ed. Guadarrama, 1962, 126.

4 H. U. von BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe.* Traducción de Á. CORDOVILLA Sígueme, Salamanca

2004. 23